Cuadernos
Historia 16
250 PTAS



Carlomagno (1)

J. M. Salrach, J. Valdeón y J. M. Mínguez

60

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-29315-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, combate entre Carlomagno y los musulmanes (miniatura del siglo XV, *Historia de los Emperadores*, Biblioteca Nacional, París). A la izquierda, anverso de una moneda carolingia



Busto de Carlomagno, fundido en el siglo XIV para contener un fragmento de su cráneo

El Imperio carolingio

Josep María Salrach

Departamento de Historia Medieval. Universidad de Barcelona

La familia carolingia, cuya historia va íntimamente unida a la del Imperio, inició su encumbramiento a principios del siglo VII, en tiempos de los últimos reyes merovingios. La primera etapa de la dinastía, la del período comprendido entre Pipino de Landen (m. 640) y Pipino el Breve (m. 768), es denominada convencionalmente de los Pipínidos.

Pipino de Landen fue mayordomo de palacio real de Metz, la capital de Austrasia y tuvo en sus manos el gobierno efectivo de este reino, que, después de su muerte, ejerció su hijo Grimoaldo. Este, sintiéndose fuerte, instaló en el trono de los merovingios a su propio hijo Khildeberto, pero la tentativa de cambio dinástico no prosperó entonces.

La ascensión del linaje continuó con Pipino de Heristal, un nieto de Pipino de Landen, que con la dignidad de mayordomo de Palacio gobernó sobre los tres reinos francos de Austrasia, Neustria y Borgoña. El apoyo de los linajes francos sobre el que se basaba la fuerza de los Pipínidos se resquebrajó a la muerte de Pipino de Heristal (714), cuando la Galia fue presa de las discordias civiles y los musulmanes pasaron el Pirineo e iniciaron la ocupación de Septimania.

El peligro exterior, no obstante, obligó a un acercamiento de posiciones y un bastardo de la dinastía, Carlos Martel, consiguió hacerse con el poder y derrotar a los musulmanes en Poitiers (732). La victoria cimentó el prestigio del vencedor, que pudo imponer un protectorado militar sobre Aquitania, y desde 737, muerto el rey merovingio Thierry IV, gobernó con el apoyo de la Iglesia sobre el conjunto de territorios francos, sin reconocer ninguna autoridad superior.

Muerto Carlos Martel (741), sus hijos Carlomán y Pipino el Breve, forzados por la aristocracia, restauraron la dinastía merovingia en la persona de Khilderico III (743-751), pero se reservaron el gobierno efectivo del reino: Carlomán fue mayordomo de Palacio de Austrasia, y Pipino el Breve, de Neustria y Borgoña.

A la postre Carlomán renunció al cargo (747) y Pipino, que concentró todo el poder en sus manos, estrechó la alianza con la Iglesia y, seguro del apoyo del papa Zacarías, dio el paso decisivo: encerró al último merovingio en un monasterio, adoptó el título real (751) y se hizo ungir rey por san Bonifacio en Soissons (752). Dos años más tarde el propio papa Esteban II le coronó junto con sus hijos Carlos y Carlomán en la abadía de Saint-Denis.

En justa compensación por el apoyo recibido y a petición del pontífice, Pipino llevó sus ejércitos a Italia, donde luchó contra los lombardos del rey Astolfo y conquistó un conjunto de tierras que entregó al Papado (756) y fueron el origen de los Estados pontificios. En la Galia una serie de campañas afortunadas le permitió arrebatar la Septimania a los musulmanes (752-759) e imponer su dictado en Aquitania (760-768). A su muerte (768), los Pirineos ya eran la frontera meridional del reino franco, lo cual quiere decir que sus hijos Carlos y Carlomán heredaron un reino considerablemente ampliado.

La creación del Imperio

Siguiendo costumbres germánicas, Carlos I, más conocido por Carlomagno, y Carlomán se repartieron la herencia, pero la división se mantuvo pocos años. Muerto Carlomán (771), Carlomagno ignoró los derechos de sus descendientes y reunió en sus manos la totalidad de la herencia paterna.

Comenzó entonces bajo la inspiración del clero y la realización práctica de la nobleza germánica y de los misioneros cristianos la conquista del Imperio, que pasaba por extender las fronteras hacia el este y hacia el sur por territorios eslavos, lombardos, bizantinos y musulmanes. Las campañas de

Carlomagno fueron, pues, en la medida de lo posible, campañas de conquista territorial, pero no pocas tuvieron las características de *razzia* para la captura de esclavos, siguiendo una práctica ya ancestral de los reinos germánicos.

Las campañas contra los sajones fueron numerosas y sangrientas, saldándose a menudo con la esclavitud de poblaciones enteras. Una primera campaña tuvo lugar en 772, tres años más tarde se combatió a los angarianos, ostfalianos y westfalianos, y en 777 comenzó la organización administrativa de la Marca de Sajonia, cuya evangelización impulsó el monarca desde Paderborn.

No obstante, aprovechando la expedición de Carlomagno a Zaragoza, los sajones se sublevaron dirigidos por el duque Widukind. Para someterlos el monarca carolingio tuvo que organizar una serie de campañas anuales entre 779 y 785 que culminaron en matanzas, deportaciones y bautismos forzados. Aplastada la resistencia, Sajonia fue integrada civil y eclesiásticamente en el Estado carolingio, si bien sometida a un régimen de terror.

La sumisión de Sajonia llevó aparejada la de Frisia, al norte y al este del Zuiderzee (785), y la de los eslavos abodritas que habitaban entre el Elba inferior y el Báltico. Un ataque de los eslavos welátabos contra los abodritas obligó a una expedición punitiva en 789, y en años sucesivos hubo nuevas insurrecciones en las marcas eslavas que obligaron a otras tantas campañas pacificadoras: contra Frisia en 790 y contra los sajones de nuevo en 794-797.

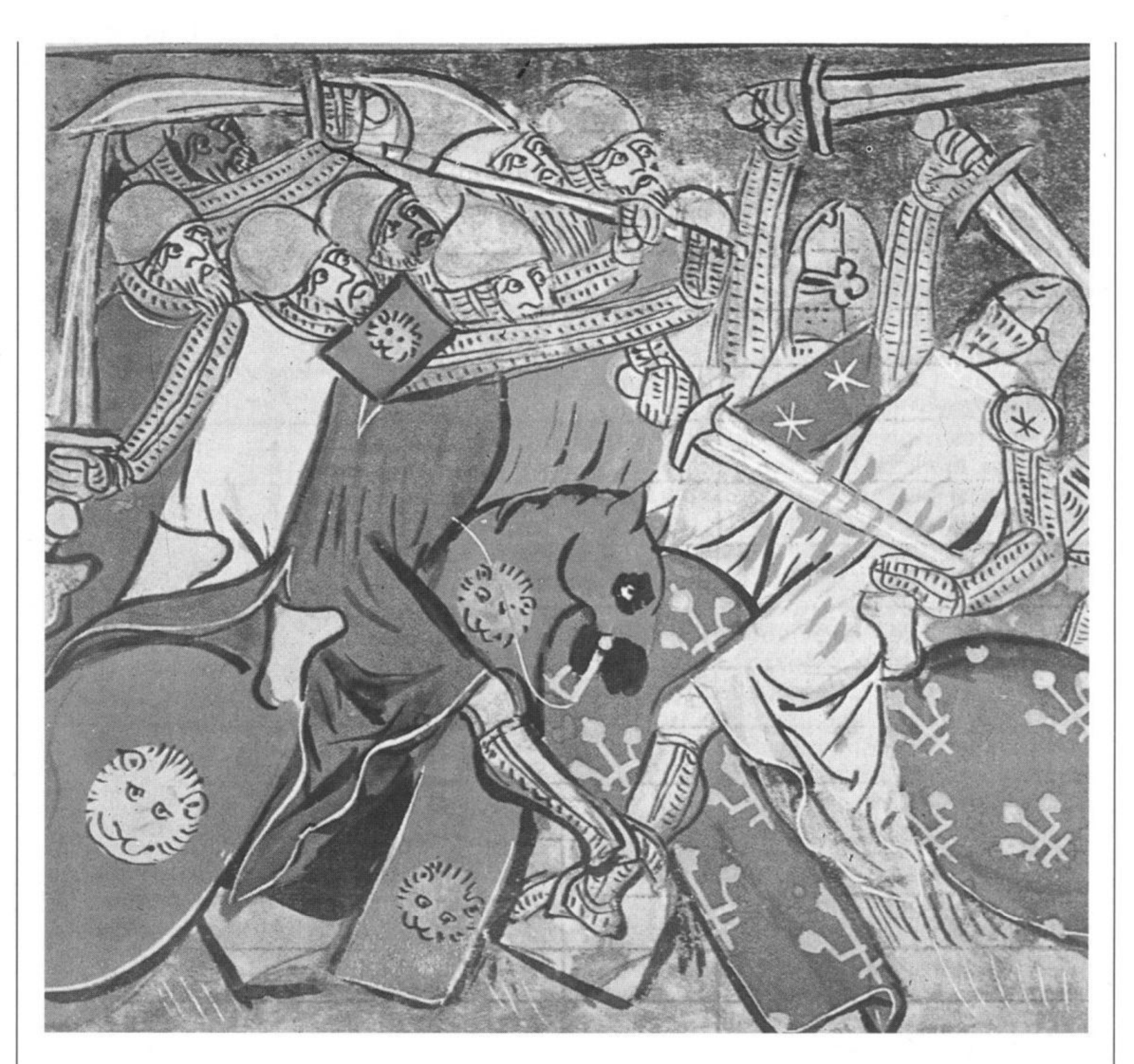
Llevando sus ejércitos más al norte, Carlomagno conquistó Nordalbingia y Wihmode, al norte y al este del bajo Elba, con lo que a partir del 799 entró en contacto con los daneses. En tierras del centro y del este de Germania cabe recordar la incorporación del ducado de Baviera y las campañas de 791 y 795-796 contra los ávaros que habitaban la Panonia y fueron sometidos a vasallaje.

Más importante y de mayor trascendencia fue la política italiana. A ruegos del papa Adriano I, amenazado en Roma por la expansión lombarda, Carlomagno marchó a Italia (773), donde derrotó al rey Desiderio (Pavía, 774) y se anexionó su reino, con lo que el monarca carolingio agregó el título de rey de los lombardos al de rey de los francos que ya ostentaba. Dos años más tarde la represión de una revuelta en Friule dio ocasión para completar el dominio del norte de Italia, y nuevas expediciones permitieron a Carlomagno hacerse reconocer por el duque de Espoleto (781), imponer su protectorado sobre el ducado de Benevento (787), dar forma definitiva a los Estados pontificios y organizar Italia como un reino vasallo cuya administración encomendó a su hijo Pipino (781-810).

La rivalidad con Bizancio por el dominio de la península italiana provocó una primera guerra en 788 cuando tropas bizantinas y lombardas combatieron en el norte de Italia, pero fueron derrotadas y perdieron Istria. En años sucesivos el frente de combate se desplazó al sur, donde lombardos y bizantinos fueron atacados por los francos en 791, 792-793 y 800.

Como culminación de la política de expansión territorial y de alianza de su linaje con la Iglesia, deseosa de reconstruir el Imperio cristiano en una época en que el trono bizantino se tambaleaba y las diferencias entre Roma y Bizancio se agudizaban, Carlomagno fue coronado emperador en Roma en la Navidad del 800. La reconstrucción del Imperio de Occidente, considerada por los bizantinos como una agresión, condujo a una segunda guerra entre francos y bizantinos. Las hostilidades más graves se produjeron en 803 en la zona del Adriático, donde el Véneto, Venecia y algunos puntos de la costa dálmata fueron ocupados por los francos.

Muy conocidas, pero de mucho menor alcance, fueron las operaciones de Carlomagno en Hispania. Cuando el monarca se encontraba en Paderborn organizando la Marca de Sajonia, acudió a su encuentro una legación de cabecillas musulmanes de la Frontera Superior de al-Andalus encabezada por Sulayman, valí de Barcelona, que junto con el valí de Zaragoza, al-Husayn, se encontraba enfrentado al emir de Córdoba. Carlomagno escuchó complacido aquel testimonio de las rivalidades internas de los clanes andalusíes y aceptó intervenir militarmente al sur de los Pirineos a favor de los rebeldes contra el emir, más para satisfacer personales ambiciones políticas que por consideraciones religiosas.



Batalla de Roncesvalles (miniatura de un códice del siglo XV, Biblioteca Nacional, París)

En la primavera del 778, dos cuerpos del ejército pasaron el Pirineo por ambos extremos y confluyeron sobre Zaragoza, donde al-Husayn, contrariamente a lo previsto, no entregó la ciudad. El monarca, que no había hecho preparativos para un largo asedio, emprendió la retirada por Navarra, destruyendo a su paso las murallas de Pamplona, pero sufrió una grave derrota en Roncesvalles, donde vascones o gascones emboscados destruyeron la retaguardia del ejército en la que viajaba Roldán, prefecto de la Marca de Bretaña (agosto de 778).

La expedición, aunque fracasada, debió servir para avivar las disidencias de la zona y facilitar posteriores tentativas carolingias: en 785, Gerona se entregó voluntariamente a los francos; en 793, el emir respondió con una expedición que pasó el Pirineo y llegó hasta Narbona; en 795, los francos ganaron posiciones en la Cataluña central (Vic), y en 801, Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, entró en Barcelona tras largos meses de asedio. Posteriores tentativas de conquista de Tortosa y Huesca fracasaron y las posiciones ganadas por los francos en el Pirineo navarroaragonés se perdieron. A la postre la Marca Hispánica, es decir, la frontera hispánica del Imperio carolingio, quedó reducida a los condados catalanes: los del Rosellón, Cerdaña, Urgell, Pallars, Ribagorza, Gerona, Ampurias, Osona y Barcelona.

Aunque la corte carolingia tenía un cierto carácter ambulante, desde 786 Carlomagno residió con frecuencia en Aquisgrán, donde a partir de 790 hizo construir su palacio y capilla. El emperador tuvo tres hijos varones, Car-

los, Pipino y Luis, entre los que proyectó repartir su Imperio. No obstante, tras la muerte de Pipino (810) y Carlos (811), Luis, que era rey de Aquitania, se convirtió en único heredero y fue coronado por su padre en Aquisgrán (813).

Carlomagno falleció unos meses más tarde (enero 814), dejando un Imperio que pronto sería víctima de enemigos exteriores e interiores. A pesar de la relativa precariedad de la construcción carolingia, Carlomagno, con su gobierno y su fuerte personalidad, que impresionó a los contemporáneos, contribuyó en gran medida a forjar las bases de una cierta personalidad europea, occidental y cristiana, al dotar a la mayor parte del continente de un mismo sistema institucional y de una misma civilización. El sueño de un Imperio cristiano occidental le sobrevivió en Alemania con los otónidas y los Stauffen, en Francia los Capetos se inspiraron en su obra, Cataluña debe en parte su originalidad en la historia peninsular a su pertenencia al Imperio de Carlomagno y la aspiración actual a la unidad europea parece hundir sus raíces en la obra de aquel gran monarca.

El difícil mantenimiento del Imperio

Más que Carlomagno, Luis I el Piadoso (814-840) estuvo toda su vida sometido al influjo de consejeros eclesiásticos que pugnaron por mantener la unidad del Imperio entendida como manifestación de la unidad del pueblo cristiano frente a las tendencias disociadoras representadas por la nobleza germánica, que formó facciones tras la cabeza visible de los hijos del emperador y de sus aspiraciones al poder.

Luis quiso hacer compatibles las dos posiciones, que, por otra parte, debían coincidir con sus convicciones íntimas: la pervivencia de la idea imperial y la participación de todos sus hijos en el gobierno. Las disposiciones sucesorias adoptadas ya en 817 *(Ordinatio Imperii)* expresaban claramente este parecer: el primogénito Lotario heredaría la dignidad imperial y con ella una autoridad superior a la de sus hermanos, Pipino y Luis, que recibirían Aquitania y Baviera, respectivamente, en calidad de reyes subordinados.



Bernardo, nieto de Carlomagno, que ostentaba el título de rey de Italia, se sublevó contra estas disposiciones que le marginaban y fue duramente castigado (818). No obstante, los problemas graves se plantearon a raíz del segundo matrimonio del emperador con Judit de Baviera, y del nacimiento de un cuarto hijo, Carlos el Calvo, al que su madre quiso hacer partícipe de la herencia imperial.

En la asamblea de Worms (829), Luis el Piadoso modificó las previsiones sucesorias en el sentido de crear un reino propio para Carlos (Alemania, Alsacia, Retia, parte de Borgoña), pero los seguidores de Lotario, convencionalmente llamados *unitarios,* aliados a los *regionalistas* de Pipino y Luis, rechazaron el proyecto y obligaron al emperador a volver al texto de 817. Comenzó así un juego de tensiones, conspiraciones, querellas familiares y banderías muy reveladoras de la endeblez del edificio imperial, minado sin duda por el particularismo de los grandes.

Los partidarios de la emperatriz y de Carlos el Calvo, a veces denominados *legitimistas,* se rehicieron pronto y forzaron (831) un nuevo reparto del Imperio enteramente favorable al hijo menor del emperador: a los territorios previstos en 829 se añadía Champaña, los países del Mosela, Provenza y Septimania. Pero *unitarios* y *regionalistas* aliados apartaron a Luis el Piadoso del poder (833) y encerraron a Carlos en un monasterio. El golpe de fuerza había favorecido sobre todo a Lotario, quizá por ello sus hermanos Pipino de Aquitania y Luis el Germánico acabaron por distanciarse de él y facilitar el retorno de Luis el Piadoso (834), que tomó sus represalias: Lotario, alejado de la corte, fue enviado a Italia y se dotó a Carlos con el ducado del Maine, los países situados entre el Sena y el Loira, y la promesa de los comprendidos entre el Sena y Frisia (837). Como culminación de su encumbramiento, Carlos fue coronado rey en Quierzy (838) y, muerto Pipino de Aquitania, recibió este reino y fue coronado rey de los aquitanos en Clermont (838), en detrimento de los derechos de Pipino II, hijo del difunto.

El descontento de los *regionalistas* y singularmente de Luis de Germánico propició el acuerdo entre el emperador y su primogénito en la asamblea de Worms (839), donde se proyectó un nuevo reparto general del Imperio entre Lotario y Carlos, que excluía a Luis el Germánico. Como es lógico en estas circunstancias, la muerte det emperador (840) precipitó la guerra entre los hermanos con un cambio de alianzas explicable: Lotario reivindicó la totalidad de la herencia y sus hermanos, Carlos el Calvo y Luis el Germánico, se le enfrentaron y derrotaron (Fontenoy-en-Puisaye, 841).

No fue una victoria decisiva, puesto que Lotario pudo retirarse con su ejército a Italia, mientras Carlos y Luis consolidaban su alianza con los denominados Juramentos de Estrasburgo (842), célebres porque fueron pronunciados en lengua romance y germánica y su texto se ha conservado.

Finalmente, los tres hermanos llegaron a un acuerdo de reparto del Imperio (Tratado de Verdún, 843): Carlos recibió los territorios occidentales, es decir, los situados al oeste de una línea que pasaría aproximadamente por los valles del Escalda, Mosa, Saona y Ródano; Luis el Germánico obtuvo el gobierno de las tierras del este, y Lotario, con el título de emperador, reinó desde Aquisgrán sobre la parte central del Imperio, la Lotaringia, vasto conjunto de territorios que se extendía desde el Mar del Norte hasta Italia.

Los soberanos de los tres Estados carolingios se reunieron con cierta frecuencia (Yütz, 844; Mersen, 847, 851) para limar sus diferencias, pero el régimen llamado de la *confraternidad* no evitó a la larga los enfrentamientos, sobre todo cuando los monarcas creyeron poder superar las dificultades internas en sus propios reinos.

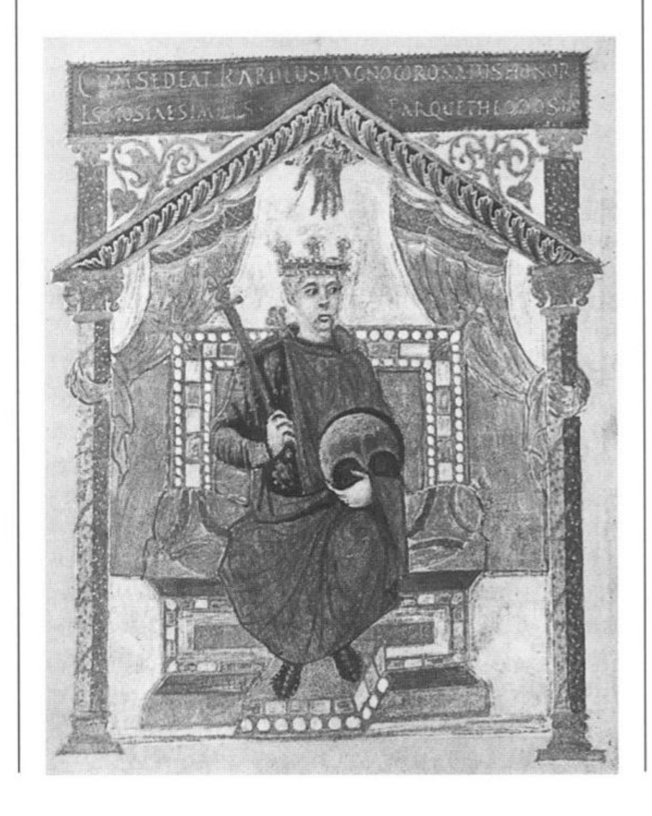
El fracaso de la unidad carolingia

En la *Francia Occidentalis,* el reino de Carlos el Calvo, las incursiones normandas, la insumisión de los bretones, el autonomismo de los aquitanos y la formación del sistema feudal debilitaron muy pronto el poder real.

Tras una inútil campaña por tierras aquitanas (sitio de Toulouse, 844), Carlos tuvo que reconocer a su sobrino Pipino II de Aquitania. Poco después los bretones se sublevaron y le derrotaron en Ballon, en el Maine (845), y en Juvardeil (851) con lo que Carlos se vio obligado a reconocer la indepen-



Arriba, Lotario I (miniatura del *Evangelio de Lotario*, siglo IX).
Abajo, Carlos el Calvo (miniatura del *Psalterio de Carlos el Calvo*. Ambas obras se hallan en la Biblioteca Nacional de París.



dencia del caudillo bretón Nominoë y después de su hijo Erispoë, que tomó el título real

Aunque Carlos reaccionó contra el separatismo aquitano con nuevas campañas y acabó por desplazar a Pipino II y dar a los aquitanos por rey a su propio hijo Carlos (855), las insurrecciones de la nobleza de Aquitania proseguirían en el futuro y se mezclarían con las incursiones normandas. Aprovechando las guerras civiles, los normandos saquearon cuanto pudieron: Quentowick, gran puerto del Canal de la Mancha; Ruán (842), Nantes (843), París (845) y Burdeos (848).

A partir del 850 el desafío normando fue más grave: instalados en las desembocaduras del Sena, el Loira y el Garona, estos piratas realizaron incursiones tierra adentro y en el 860 pasaron al Mediterráneo, donde saquearon Provenza y Septimania. En medio de semejantes descalabros se reprodujeron las revueltas de la nobleza franca (la de Bernardo Plantavelue en Borgoña y Unifredo en Septimania y la Marca Hispánica) y las discordias internas de la familia carolingia.

El Estado del centro, amenazado por los del oeste y el este, fue repartido a la muerte de Lotario I (855) entre sus tres hijos: Luis II, que obtuvo, con la dignidad imperial, Italia y luchó contra los musulmanes que habían comenzado a ocupar posiciones en la parte meridional de la península; Lotario II, que reinó sobre la parte septentrional de la herencia paterna, la Lotaringia propiamente dicha, y Carlos, que recibió la Provenza.

Los tíos ambicionaron inmediatamente los reinos de sus sobrinos y rivalizaron entre sí: en 858 se produjo un intento frustrado de Luis el Germánico por invadir el reino de Carlos el Calvo. En años sucesivos fue Carlos el Calvo el que tomó la iniciativa. En primer lugar organizó la lucha contra los normandos (asambleas de Pitres, 862 y 864), en la que se distinguió Roberto el Fuerte, que dirigió la defensa de los países del Loira y murió en la batalla de Brissarthe (866).

A la muerte de su sobrino, Carlos de Provenza (863), Carlos el Calvo hizo una primera tentativa de adueñarse de la Provenza, que fracasó. Más afortunado estuvo en 869, al morir Lotario II: Carlos entró en Lorena, se hizo coronar rey en Metz y se repartió la Lo-

taringia con Luis el Germánico en el tratado de Mersen (870). Frisia y los países del Mosa, el Mosela y el Saona hasta Lyon fueron agregados entonces al reino franco occidental.

La muerte del tercer hijo de Lotario, el emperador Luis II (875), hizo posible esta vez la anexión de la Provenza y la ambición imperial de Carlos, que, llamado a Italia por el papa Juan VIII, fue coronado emperador (Roma, Navidad del 875) y elegido rey (Pavía, 876). Entre tanto se produjo la muerte de Luis del Germánico (876) y el reparto del reino oriental entre los hijos del difunto: Carlomán (876-880) obtuvo Baviera; Luis (876-882), Franconia, y Carlos el Gordo (876-887), Alsacia, Suabia y Retia. Creyendo que este reparto facilitaría la anexión, Carlos el Calvo se arrojó sobre los reinos de sus sobrinos, pero fue derrotado en Andernach (876).

Finalmente, dispuesto a volver a Italia, donde el Papa se sentía amenazado por los musulmanes, Carlos reunió una asamblea en Quierzy (877), célebre porque en ella se dispuso la sucesión hereditaria en los honores de los vasallos que fallecieron en el curso de la expedición. No era el establecimiento del principio hereditario en la sucesión condal, como a veces se ha dicho, puesto que se trataba de una medida puntual, pero sí era una manifestación de la debilidad de la monarquía frente a la aristocracia. Carlos apenas tuvo tiempo de pasar los Alpes y entrevistarse con el Papa en Vercelli cuando tuvo conocimiento de una formidable rebelión de los grandes de la *Francia Occidentalis,* que a pesar de las concesiones no le habían seguido en la expedición. Emprendió entonces el regreso, pero murió durante el viaje (877).

Aunque había intentado llevar a cabo una gran política a imagen de su abuelo Carlomagno, a la postre Carlos el Calvo no había sido capaz de arrojar a las bandas normandas de su reino, no había podido contrarrestar el independentismo de bretones y aquitanos y era incapaz de domar a su nobleza. No obstante, cuando el Imperio parecía irremediablemente deshecho se produjo una última y efímera restauración.

Carlos III el Gordo, el rey de Alsacia, Suabia y Retia, uno de los hijos de Luis el Germánico, pudo aprovecharse de la debilidad del reino occidental, donde Luis II el Tartamudo (877-879), sucesor de Carlos el Calvo, apenas podía mantenerse en el poder frente a la nobleza. Sustituyó a su tío Carlos el Calvo en la protección al Papado y fue coronado rey de Italia en Pavía (879) y más tarde emperador (881), a la par que rehízo la unidad del reino germánico cuando la muerte sucesiva de sus hermanos Carlomán (880) y Luis II (882) le permitió agrupar los tres Estados.

A la muerte de su primo Luis II el Tartamudo (879), se entrevistó con los herederos del difunto, Luis III y Carlomán, en Gondreville (Lorena), donde se hizo pagar su neutralidad en la sucesión con la incorporación de tierras lorenesas. Autoinvestido de una especie de tutela sobre los jóvenes monarcas franceses, les ayudó en la campaña contra Bosón, magnate casado con una mujer de la dinastía carolingia, que se había hecho proclamar rey de Provenza (879), pero les abandonó durante el asedio de Vienne.

Entre tanto, establecidos los normandos en los cursos inferiores del Mosa y del Rin, Carlos les combatió con cierta eficacia, y combinó la lucha con la infeudación de tierras a alguno de sus jefes. Estos resultados le valieron ser elegido rey por los grandes de Francia Occidental a la muerte sucesiva de Luis III (882) y de Carlomán (884), con lo que se reunificó por última vez el Imperio carolingio, tanto más cuanto, a la muerte de Bosón de Provenza (887), su hijo y sucesor Luis III el Ciego le tributó homenaje.

No obstante, al cabo Carlos el Gordo defraudó las esperanzas que en él se habían depositado. Los normandos asediaron París, tenazmente defendida por el conde Eudes (noviembre 885-octubre 886), y el emperador, incapaz de arrojarlos por las armas, compró su retirada con un tributo y con la autorización de saquear Borgoña. Tampoco fue capaz de hacer frente con eficacia a la rebelión de Guido de Spoleto en Italia y a una invasión de moravos en Alemania. Mermadas además sus facultades mentales y habiendo sufrido una trepanación, Carlos fue depuesto a finales del 887 y falleció meses más tarde. El Imperio se desmembró immediatamente.

Arnulfo, bastardo de Carlomán y hermano de Carlos el Gordo, se levan-



La muerte de Carlomagno, acaecida a principios del año 814 (miniatura del siglo XV, Museo de Chantilly, París)

tó en Baviera, fue proclamado rey de Germania en Francfort (887) y recibió la dignidad imperial en 896. A su muerte (899) el reino fue repartido entre sus hijos, de hecho ya asociados al poder en vida de Arnulfo: Zwentiboldo obtuvo la Lorena y Luis IV el Niño reinó en Germania hasta su muerte (991), en que se extinguió la dinastía y el poder pasó a la Casa de Sajonia.

Necesidad sobre legitimidad

En Italia, unas ramas segundonas de la dinastía formadas por el matrimonio de mujeres carolingias con miembros de la nobleza se disputaron la autoridad real y la dignidad imperial: la Casa de Friul, con Berenguer I, rey de Italia en 888 y emperador en 915, y con Berenguer II, rey de Italia en 950; la Casa de Spoleto, con Guido, rey de Italia hacia 889 y emperador en 891, y con Lamberto, rey de Italia en 894 y emperador en 898, y la Casa de Provenza, con Luis III el Ciego, rey de

Italia en 899 y emperador en 901. Justamente este último soberano, hijo de Bosón, reinó con independencia en la Provenza, pero fracasó en sus propósitos de unir este reino al de Italia. En Borgoña también se constituyó un nuevo reino, éste en provecho de Radulfo de Welf.

En la Francia Occidental, a la muerte de Carlos el Gordo primó la necesidad sobre la legitimidad, y el conde de París, Eudes, que se había distinguido en la lucha contra los normandos, fue proclamado rey por los grandes, que lo consideraban caudillo militar idóneo para luchar contra estos piratas que depredaban el reino. Era el comienzo de la ascensión de la poderosa Casa de los Robertianos, que, del sobrenombre de un sobrino de Eudes, tomaría el nombre de Capetos.

No obstante, aunque ya no tenían fuerza material y política, los carolingios todavía conservaban el prestigio de la legitimidad; por ello, a la muerte de Eudes (898), su hermano, el duque Roberto de Neustria, entronizó a Carlos el Simple, hijo menor de Luis el Tartamudo. Aunque a la muerte de Luis IV el Niño de Germania pudo incorporar la Lorena (911), Carlos el Simple no pudo evitar que un advenedizo, Conrado de Sajonia, se hiciera proclamar rey de Germania. En su propio reino Carlos apenas pudo gobernar, acosado por nuevas incursiones normandas y por el empuje de la nobleza, que fragmentaba el espacio político en principados: el ducado de Aquitania con Guillermo el Piadoso, conde de Tolosa; el futuro principado catalán con Vifredo el Velloso y sus descendientes; Borgoña bajo la égida de Ricardo el Justiciero; Flandes con el conde Balduino II, paladín de la independencia flamenca, y el ducado independiente de Normandía (911) con Rollón, jefe de los piratas normandos asentados en la fachada marítima septentrional.

La legitimidad no fue, pues, barrera suficiente frente a la nobleza. Roberto de Neustria, con el apoyo de magnates neustrianos y loreneses, se autoproclamó rey y, aunque Carlos le venció y dio muerte en Soissons (923) no pudo evitar a su vez el ser derrotado por una nueva coalición encabezada por Radulfo de Borgoña, que reinó de 923 a 936, mientras Carlos el Simple, el monarca legítimo, pasaba los últimos años de su vida en prisión (923-929).

A la muerte de Radulfo, Hugo el Grande, hijo de Roberto de Neustria, restauró la legitimidad llamando del exilio en Inglaterra a Luis IV de Ultramar, hijo de Carlos el Simple. Reinaron entonces en Francia los tres últimos monarcas de la dinastía, Luis IV (936-954), Lotario (954-986) y Luis V (986-987), que otorgaron los últimos preceptos carolingios para particulares e instituciones y que fueron muy poco más que un símbolo de derecho para una sociedad en la que la fuerza estaba en manos de unos condes independientes de hecho.

En estas circunstancias no puede sorprender que a la larga las posiciones de hecho entraran en el derecho, es decir, que hace poco más de mil años, el 987, uno de los grandes de Francia, Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande, aprovechara la muerte prematura de Luis V para hacerse proclamar rey e instaurar una nueva dinastía.

El renacimiento carolingio

A lo largo de esta exposición hemos visto que el Imperio carolingio fue una construcción política efímera, producto de la voluntad universalista de la Iglesia y de la ambición de una dinastía más que de las posibilidades objetivas de una sociedad que estaba en proceso de feudalización, lo que obviamente suponía una tendencia imparable hacia la disociación política del espacio y hacia la formación de espacios económicos autárquicos. No obstante, los clérigos que inspiraron a Carlomagno y a sus sucesores dieron al espacio carolingio un barniz cultural uniforme, una primera cultura europea occidental de lengua latina, paternidad eclesiástica e influencias múltiples: germánicas, irlandesas, italianas, hispánicas, etcétera.

El latín, convertido exclusivamente en lengua de cultura, fue estudiado en la escuela palatina y en las escuelas catedralicias y monacales, mientras que en los *scriptoria* de estos centros se trabajaba activamente en la transcripción de manuscritos de autores clásicos y del cristianismo, a la par que se renovaba el arte de la miniatura.

En el palacio de Aquisgrán confluyeron hombres de letras de origen insular como Alcuino, hispanos como Teodulfo e italianos como Pablo Diácono y

Pedro de Pisa. En el renacimiento carolingio destacaron también por su saber enciclopédico eruditos como Rabano Mauro, Walafrido Strabo, Hincmaro de Reims, Lupo de Ferrieres, etcétera. La producción historiográfica fue una de las más destacadas, con las biografías de Carlomagno, obra de Eginardo, y de Luis el Piadoso, escritas por Thegan y por el Astrónomo, y la proliferación de anales: *Anales Reales, Anales Fuldenses, Anales de Saint-Bertin,* etcétera. La literatura de contenido teológico, filosófico y político y la poesia contaron también con autores importantes como Agobardo, Ermoldo el Negro, Esmaragdo Tomás de Orleans y el mencionado Hincmaro de Reims.

En el plano estrictamente religioso cabe recordar que el esfuerzo militar y el misionero se aunaron para extender el cristianismo hacia el Norte y el Este de Europa, que progresó la organización administrativa de la Iglesia (celebración de sínodos, revalorización de la autoridad arzobispal) y que, merced al concurso de Benito de Aniano, se restauró la vida monástica según la regla benedictina. Luis el Piadoso se ocupó personalmente de la reforma litúrgica, y sus antecesores, Pipino y Carlomagno, coadyuvaron al acrecimiento de la autoridad pontificia. Las polémicas teológicas sobre la iconoclastia, el adopcionismo y la predestinación atrajeron la atención de los intelectuales de la época y de los propios monarcas. La reforma administrativa y el renacimiento artístico a los que se dedican sendos artículos de este conjunto fueron todavía más importantes si cabe.

A nivel social se produjo en esta época la desaparición de los últimos vestigios del esclavismo, mientras seguía la progresiva entrada en dependencia de las masas rurales (de la esclavitud y de la libertad hacia la dependencia y, después, la servidumbre) y el fortalecimiento del papel de las aristocracias locales, las únicas capaces de asegurar mínimamente la defensa frente a los peligros exteriores (normandos, eslavos, húngaros, musulmanes).

La inseguridad y la necesidad de protección reforzaron el vasallaje privado y las clientelas armadas en detrimento de la estructura de poderes públicos en que se basó inicialmente la autoridad de los carolingios. A la larga, pues, los progresos del sistema feudal llevaron a la desestructuración del sistema político pre-feudal y al nacimiento de principados territoriales, con lo que se entró, de hecho, en la Edad Media o en otra Edad Media.

Asalto al Imperio

Julio Valdeón Baruque

Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Valladolid

El Imperio Carolingio, la brillante construcción política unificadora de la Cristiandad del Occidente de Europa, se vio sacudido casi desde los momentos iniciales de su andadura por una serie de pueblos que se abatieron sobre él. Se trata de las denominadas *segundas invasiones* o, como dijera en su día L. Musset, *el segundo asalto contra la Europa cristiana.* Los protagonistas de esas invasiones fueron los normandos o escandinavos, los sarracenos y los húngaros o magiares. La cronología de dicho proceso abarca de los últimos años del siglo VIII (el asalto al monasterio inglés de Lindisfarne, el año 793, marca el inicio de las correrías) hasta los primeros del siglo XI, si bien sus momentos estelares se sitúan en los siglos IX y X. Por lo demás, el Imperio Carolingio no fue la única víctima del asalto, aunque sí la más importante. Otros territorios, como la Inglaterra anglosajona, los reinos cristianos de Hispania o las islas del Mediterráneo occidental, sufrieron también, en mayor o menor medida, las consecuencias de la presencia de los invasores.

En realidad estas invasiones no pueden desligarse de los grandes movimientos de pueblos que habían teni-

do lugar en Europa desde siglos atrás. Los normandos, literalmente *hombres del Norte,* eran una rama de los germanos que habían asaltado el Imperio Romano de Occidente. Más aún, las correrías de los piratas sajones entre los siglos II y V pueden considerarse un precedente de la actuación de los normandos a partir de finales de la octava centuria. En efecto, las expediciones de los normandos o vikingos (nombre derivado del término *vik,* bahía, que se utiliza habitualmente para designar al conjunto de los escandinavos que asaltaron la Europa cristiana occidental) eran propias de marinos-bandoleros. Asimismo, la piratería sarracena era una manifestación tardía, y en cierta medida marginal, de la gran ofensiva desarrollada en el sur de la cuenca del Mediterráneo por árabes y bereberes, detenida el año 732 por Carlos Martel en Poitiers. Por lo que se refiere a las correrías de los magiares, su más claro antecedente podemos verlo en Atila y sus guerreros hunos.

En un principio tanto vikingos como sarracenos o magiares únicamente pretendían el logro de botín, aunque a la larga también efectuaran tareas colonizadoras y constructivas. Las fuentes que hemos conservado de estos acontecimientos, procedentes exclusivamente de sus víctimas hasta muy avanzado el siglo X, nos han transmitido una imagen terrorífica de los invasores, sólo preocupados por robar y destruir. Cada uno de estos pueblos actuaba por su cuenta, sin que hubiera nunca conjunción entre ellos. No obstante, podía ocurrir que varios de ellos convergieran casi al mismo tiempo en un determinado territorio, lo que contribuía a acentuar la impresión de que el fin del mundo estaba próximo. Así, por ejemplo, entre el 870 y el 900 las tierras francas fueron atacadas, simultáneamente, por vikingos, húngaros y sarracenos.

En cualquier caso, mientras el Imperio Bizantino, sometido también en esa época a las presiones de pueblos que le amenazaban desde el exterior, pudo resistir, el Imperio Carolingio no aguantó los embates. El edificio erigido por Carlomagno estaba preparado para la expansión, pero no para la defensa particularmente ante acciones desarrolladas de forma imprevista, como aconteció con las *segundas invasiones.*

Los escandinavos

De los diversos pueblos que participaron en el *segundo asalto* contra la Europa cristiana los escandinavos fueron, sin duda, los que dejaron una huella más duradera, llegando en parte a integrarse en las estructuras de ese mundo al que atacaban. Pero también fueron los escandinavos los que incidieron de una manera más directa sobre la suerte futura del Imperio Carolingio.

Vikingos, normandos o escandinavos, nombres diversos con que se les conoce (se reserva el término de *varegos* para referirse a las gentes del Norte que se dirigieron hacia el espacio ruso), tenían parentesco con los germanos de las tierras escandinavas, aislados y en calma, en el transcurso de los siglos VI al VIII. Aunque se conocen mal sus formas de vida, transmitidas de modo poético por las *sagas,* parece que constituían sociedades aristocráticas, con una realeza al frente un tanto difuminada. Se dedicaban preferentemente a la agricultura, aunque también eran hábiles artesanos y practicaban el comercio, generalmente en forma de trueque. Antes de que iniciaran sus expediciones sobre la Cristiandad europea, experimentaron importantes avances en las técnicas navales, como la navegación a vela.

A partir del siglo VIII se observa en el mundo escandinavo un indudable dinamismo, cuya consecuencia fue la realización de las grandes correrías por el occidente de Europa. Ahora bien, ¿por qué se pusieron en movimiento estos pueblos?, ¿qué causas motivaron esa gran mutación, que hizo de los escandinavos, hasta entonces pacíficos habitantes de un rincón del norte de Europa, grandes aventureros? Las respuestas que se han dado no satisfacen plenamente: ¿fueron cambios climáticos los que los empujaron a ponerse en movimiento?; ¿fue la superpoblación la causa de las migraciones?; ¿cabe hablar de simples empresas aventureras dirigidas por los aristócratas, deseosos de adquirir prestigio militar?; ¿fue simplemente el deseo de enriquecimiento?; ¿o acaso fue una respuesta a los avances de Carlomagno al este del Elba? Sólo podemos afirmar que el avance de los pueblos del Norte hacia el Sur de Eu-



***Batallas de Carlomagno* (miniatura de *Vita Caroli Magni*, siglo XIII, abadía de St. Gall)**

ropa presenta un carácter multiforme, aglutinando motivaciones de variada índole, tanto militares como políticas y económicas.

Tres pueblos escandinavos, punto de partida cada uno de ellos de una futura nación, participaron en las invasiones: noruegos, daneses y suecos. Estos últimos, conocidos habitualmente como *varegos,* tuvieron como campo de actuación el Báltico oriental, desde donde se proyectaron hacia tierras rusas, por lo cual no vamos a referirnos a ellos. Nuestro interés se centra en las expediciones protagonizadas por los noruegos y, en particular, por los daneses, sin duda los mejor organizados de todos los pueblos del Norte.

Los noruegos

Los noruegos orientaron su actividad principalmente hacia el Atlántico norte. Después de llegar a las islas Shetland se dividieron en dos ramas, una secundaria que se dedicó a recorrer la costa oriental de Escocia e Inglaterra y otra principal que pasó por las islas Orcadas y Hébridas antes de llegar a las tierras irlandesas. Desde Irlanda los noruegos emprendieron, a mediados del siglo IX, audaces navegaciones llegando a tierras hispanas. El año 844, según se lee en la *Crónica de Alfonso III,* los normandos, paganos y



extremadamente crueles, atacaron con sus naves diversos lugares de la costa del reino astur. Apenas unos meses después se produjo el primer ataque normando a las costas del al-Andalus. En el verano del 844 aparecieron por Lisboa y en octubre del año siguiente se presentaron en Sevilla. *Los normandos, que no daban cuartel a nadie, ni aun a las bestias, penetraron en la capital de Sevilla y después de permanecer en ella un día y una noche volvieron a sus barcos,* nos dice un cronista islámico. Unos años más tarde, entre el 859 y el 862, los noruegos efectuaron una correría aún más intrépida que las anteriores, cruzando el estrecho de Gibraltar y recorriendo la costa marroquí, la desembocadura del Ródano y diversas ciudades marítimas italianas. No obstante, todas estas acciones no pasaron de ser *raids* pasajeros, de los que no quedó más huella que una imagen de pesadilla en los habitantes de las tierras atacadas por los noruegos.

Mayor importancia tuvo la expansión de los noruegos hacia el Noroeste. Desde las Shetland se dirigieron hacia las islas Feröe, y desde éstas hacia Islandia. Continuando por el Atlántico norte los noruegos llegaron, en el siglo X, a Groenlandia y las tierras americanas.

Los daneses

Los daneses actuaron con mucha mayor cohesión que los otros pueblos nórdicos, pero los objetivos que buscaban con sus incursiones eran, al menos en principio, similares. Sus correrías se desarrollaron básicamente en dos ámbitos territoriales, Inglaterra y Francia. La presencia danesa en Inglaterra comenzó en los primeros años del siglo IX, pasando poco tiempo después a actuar en la costa atlántica de Francia. Durante algo más de un siglo los ataques se sucedieron. A este período que comprende desde los inicios del siglo IX hasta el año 930, aproximadamente, en que se observa un debilitamiento de los pueblos del Norte, se le ha denominado *la primera edad vikinga.*

En el transcurso del mismo se produjo, no obstante, un cambio sustancial en la actuación de los daneses. Si en un principio sólo se interesaban por

el pillaje, en una segunda fase aprovecharon su fuerza militar para conseguir de los pueblos atacados la compra de la paz (nos referimos a los famosos *danegelds*). Antes de que concluyera la *primera edad vikinga* los daneses se habían convertido en organizadores de nuevos Estados, constituyendo el ejemplo más sobresaliente la creación del ducado de Normandía.

Inglaterra fue muy vulnerable a las expediciones de los daneses, que se sucedieron, sin apenas pausas, a lo largo del siglo IX. Sólo Alfredo el Grande, rey de Wessex, fue capaz de hacerles frente, después de muchos años de espectaculares desastres de los anglosajones. Alfredo pudo conservar su reino, en el Suroeste de la isla, a cambio de reconocer el dominio del danés Gutrum en la mitad noroeste de Inglaterra el territorio denominado *Danelaw,* con capital en York (878). Este país danés de Inglaterra fue, no obstante, muy inestable, siendo poco a poco absorbido por los sucesores de Alfredo el Grande, hasta el punto de que a mediados del siglo X prácticamente había desaparecido.

Las antiguas Galias, corazón indiscutible del Imperio Carolingio, fueron víctimas, en el transcurso del siglo IX, de innumerables ataques de los daneses, cuya relación detallada resultaría tediosa, por lo que sólo mencionaremos algunos de ellos. La forma de actuación se repetía de un asalto a otro: los daneses remontaban con sus barcos el curso de los ríos, saqueaban los territorios inmediatos y aterrorizaban a su población. La violencia y el pillaje alcanzaban grados inauditos en los establecimientos eclesiásticos, particularmente en los monasterios. Esto se deduce al menos de la lectura de las fuentes de la época que, no lo olvidemos, eran en su mayor parte de origen clerical.

Si famoso fue el ataque lanzado por los daneses contra París el año 845 no lo fueron menos las correrías realizadas en la cuenca del Sena entre los años 856 y 862. Así se expresaba un texto medieval, al relatar la huida de los monjes de Noirmoutiers ante la amenaza de los normandos: *La guardia de las costas del Océano se ha abandonado; las guerras cesan en el exterior, pero aumentan en el interior; el número de los navíos aumenta, la multitud innumerable de los normandos no deja de crecer; por todas partes hay asesinatos de cristianos, pillajes, devastaciones, incendios... Ocupan todas las ciudades por las que pasan sin que nadie les ofrezca resistencia... Muchas cenizas de santos han sido robadas; así casi se cumple la amenaza que profirió el Señor por boca de su profeta: Una plaga venida del norte se extenderá sobre todos los habitantes de la tierra. Ante eso huimos a una localidad llamada Cunault...*

Simultáneamente otras bandas de normandos actuaban en el Rin, el Loira, el Garona y el Ródano. Por si fuera poco, entre los años 878 y 892 se registra una nueva oleada de ataques daneses, que afectó prácticamente a todo el Norte de Francia. Los testimonios siguen siendo catastróficos: *Incendiaron la iglesia y el monasterio de San Quintín y la iglesia de Santa Marta de Arras... En la primavera llegaron a las regiones del litoral, expulsaron a los flamencos de sus tierras y devastaron todo por el hierro y por el fuego. En octubre remontaron el Somme, obligando a huir al rey y a su ejército...* No obstante, el ataque lanzado por los normandos contra París el año 886 fracasó, según relata en un poema el monje Abbon.

Un nuevo paso, ciertamente decisivo, se dio el año 911. En esta fecha el dirigente de los normandos que merodeaban por la zona del Sena, Rollón, recibió del rey franco el ducado de Normandía, a cambio de su conversión al cristianismo y del reconocimiento de su condición de vasallo del monarca carolingio Carlos el Simple. De enemigos irreconciliables, los normandos habían pasado a ser fieles vasallos. Pero esto revela que, en definitiva, nadie había sido capaz en el Imperio Carolingio de contener a los escandinavos. Ni Carlomagno, con su proyecto de organizar una flota costera, ni más tarde Carlos el Calvo, quien recibió la idea de construir puentes fortificados a la entrada de los ríos, habían podido frenar los asaltos vikingos. Por lo demás, con el acto protagonizado por Rollón los normandos demostraban su capacidad de integración en las estructuras de la Cristiandad europeo-occidental. Los asaltos de los escandinavos cesaron antes de mediados del siglo X, pero se reanudaron en las últimas décadas de la centuria. Fruto de esa nueva ofensiva, que partió de las tierras sep-

tentrionales de Europa (hábitat tradicional de los pueblos del Norte), fue la conquista de Inglaterra por los daneses, el año 1013. Las Coronas de Dinamarca e Inglaterra estuvieron unidas unas dos décadas, hasta la muerte del rey Canuto el Grande. Fuera de ese ámbito territorial merecen ser recordadas las correrías de los daneses por los puertos de Frisia y del Rin inferior, desarrolladas entre finales del siglo X y comienzos del XI. Pese a todo, esta segunda oleada de la ofensiva vikinga fue de mucha menor entidad que la primera, y de escasa duración cronológica.

Los sarracenos

El Mediterráneo occidental fue escenario, durante el siglo IX y parte del X, de la acción de la piratería sarracena. Es preciso señalar, de entrada, que aunque los protagonistas de estas empresas fueran gentes de religión musulmana y las bases de donde partían se hallaran en tierras islámicas, no había en las mismas ningún propósito de proselitismo espiritual. Las correrías de estos marinos-corsarios, organizados en pequeñas bandas y prácticamente independientes de los poderes establecidos (algunos autores han calificado de auténticas *repúblicas* a las asociaciones de los piratas sarracenos), no buscaban en modo alguno la propagación de la fe islámica, sino única y exclusivamente la obtención de botín y esclavos.

Espada cuya propiedad se atribuía a Carlomagno; realmente fundida entre los siglos X y XIV en oro y acero, se conservaba en la Abadía de St. Denis (Museo del Louvre, París)

Sus puntos de partida se encontraban en el Norte de Africa, pero pronto se incorporó, adquiriendo un indiscutible protagonismo, la costa mediterránea de al-Andalus (el puerto de Pechina, en las proximidades de Almería, y el de Denia). Por lo que se refiere a la cronología de la actuación de los sarracenos, los primeros ataques tuvieron lugar el año 806, continuando con gran intensidad en el transcurso del siglo IX. En la siguiente centuria la ofensiva sarracena declinó, aunque se registraron coletazos hasta finales de la misma.

La acción de los piratas sarracenos experimentó un salto cualitativo a partir del año 827. No sólo confiscaron las islas de Sicilia y Creta, sino que progresaron en el Sur de Italia, ocupando, entre los años 840 y 841 las ciudades de Tarento y Bari. El 846 se presentaron a las puertas de Roma, saqueando diversos arrabales de la antigua capital imperial. Paralelamente efectuaron diversas incursiones por tierras provenzales, atacando, entre otras plazas, Marsella y Arlés. Especialistas en el saqueo de las costas, los sarracenos demostraron también sus excepcionales condiciones bélicas en tierras interiores e incluso en las regiones montañosas en que actuaron (Alpes y Apeninos).

El único valladar que se interpuso a su expansión fue el Imperio Bizantino, deseoso de preservar el Sur de Italia libre de la dominación islámica. El 871 los griegos recuperaron Bari y el 880, Tarento. En cambio, más al oeste los sarracenos camparon a sus anchas durante mucho tiempo. A finales del siglo IX establecieron en tierras del condado de Frejus la base de Fraxinetum, desde la cual amenazaban una y otra vez

a las ciudades de la costa de Provenza. Fraxinetum permaneció en poder musulmán hasta el año 972. Por otra parte, la piratería sarracena obtuvo importantes ventajas del aislamiento en que se encontraban las islas del Mediterráneo occidental, como las Baleares, ocupadas por ella a principios del siglo X.

Los magiares

Los magiares o húngaros fueron los últimos invasores que irrumpieron en la escena europeo-occidental. Se trataba de un pueblo nómada, integrado al parecer por un grupo étnico inicial (de tipo ugro-finés), al que posteriormente se superpusieron diversos estratos (sobre todo de tribus turcas). En el siglo VIII estaban establecidos en las llanuras de Ucrania Oriental, dedicándose básicamente a la cría caballar. Pero a raíz del empuje que sufrieron de un pueblo originario de Asia, los pechenegos, se fraccionaron. El grupo principal de los húngaros, dirigido por el rey Arpad, cruzó los Cárpatos el año 985, dirigiéndose hacia Bremen (915), Orleans (937) y Otranto (947).

Desde finales del siglo IX hasta mediados del X los magiares efectuaron numerosas incursiones sobre el Occidente de Europa, incidiendo particularmente sobre tierras alemanas, italianas y francas. Los húngaros partían siempre de sus bases de Panonia, aprovechándose de la debilidad de sus vecinos; de ahí la frecuencia de sus expediciones. Entre los años 899 y 955 se registran nada menos que 33 incursiones sobre Occidente. Hubo regiones especialmente castigadas, como Baviera y Lombardía. Las fuentes insisten en los desastrosos efectos causados por las incursiones de los magiares en los monasterios. Sus objetivos, con todo, no diferían de los que hemos asignado a otros pueblos invasores: botín y esclavos. De todos modos en Occidente se creó una imagen terrorífica de estas correrías, a las que se presentaba con tintes apocalípticos.

Los desastres provocados por las invasiones húngaras fueron, sin embargo, pasajeros. Por otra parte, la derrota que sufrieron en Lechfeld el año 955 ante el emperador germánico Otón I, puso fin a sus incursiones. En adelante los húngaros fueron poco a poco occidentalizándose.

No resulta fácil establecer un balance global de las consecuencias que tuvieron las *segundas invasiones*. Si nos fijamos en el testimonio transmitido por las fuentes de la época, llegaremos a la conclusión de que todo fue negativo. El paso de los normandos, los sarracenos o los húngaros significaba muerte, saqueo y destrucción. Este aspecto, ciertamente, no puede desdeñarse. Basta con que nos fijemos en lo sucedido en el Mediterráneo occidental en los siglos IX y X. Los *raids* de los corsarios musulmanes causaron la despoblación de muchas zonas costeras de Italia y Francia (las gentes huían para no ser convertidas en esclavos), se interrumpió la sucesión episcopal en diversas diócesis de Provenza y, en general, el Centro y Sur de Italia entraron en un declive pronunciado.

Consecuencias de las segundas invasiones

Hubo, no obstante, en sentido inverso, aportaciones indiscutibles de los invasores, particularmente de los escandinavos. Allí donde los normandos se asentaron, terminaron por fusionarse con las poblaciones autóctonas. Importantes fueron, por otra parte, los préstamos lingüísticos de los escandinavos, sobre todo en Inglaterra y en Normandía. Tampoco pueden olvidarse las aportaciones jurídicas de los normandos y, en menor medida, las de carácter religioso.

Pero el aspecto que más nos interesa analizar es el relativo al impacto causado por las *segundas invasiones* sobre el Imperio Carolingio. A veces se ha dicho que las incursiones de normandos, sarracenos y magiares fueron la causa de la ruina del Imperio que creara Carlomagno. Pues bien, esa opinión es inadmisible. El Imperio Carolingio, se ha repetido hasta la saciedad, era *un gigante con pies de barro*. De ahí que cualquier presión que se ejerciera sobre él, particularmente si tenía los caracteres propios de estas invasiones (ataque por sorpresa, efectuado con gran rapidez), podía causarle daños irreparables. El Imperio Carolingio, por otra parte, tuvo que actuar por sí solo en la pugna que mantuvo con los diversos pueblos invasores. Si los contactos con los anglosajones eran míni-

mos, la ayuda prestada por los cristianos de la Península Ibérica fue reducidísima. Sólo el Imperio Bizantino podía aportar una ayuda efectiva, pero obstáculos de diversa naturaleza, cuando no simples prejuicios, lo dificultaron. Bizancio, antes lo vimos, sólo actuó allí donde consideró en peligro sus intereses vitales, como sucedía en el Sur de Italia.

Las *segundas invasiones,* sin duda, contribuyeron a debilitar el denominado renacimiento carolingio. El pillaje de tantos monasterios, en una época en que escaseaban los bienes materiales, provocó pérdidas irrecuperables. Finalmente las *segundas invasiones,* particularmente al acentuar la necesidad de defenderse a escala local, potenciaron el desarrollo de las relaciones personales, en detrimento lógicamente de los lazos de naturaleza pública. Las *segundas invasiones,* por tanto, favorecieron la eclosión de la sociedad feudal.

La marcha hacia el feudalismo

José M.ª Mínguez Fernández

Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Salamanca

El período carolingio, que se extiende desde principios del siglo VIII hasta finales del siglo X, es sin duda una etapa de singular importancia en la historia del Occidente europeo. Tal importancia ha sido tradicionalmente resaltada debido a la originalidad y trascendencia de las estructuras políticas que en él se consolidan. Sin negar este hecho, la historiografía del presente siglo, sobre todo a partir de la década de los cuarenta, ha comenzado a poner de relieve el espesor de las transformaciones económicas y sociales que se aceleran en esta época y con las que debe relacionarse la original estructura politico-institucional.

Los hechos sociales de mayor importancia son, sin duda, la liquidación del esclavismo, la implantación de un campesinado jurídicamente libre, propietario de sus tierras y organizado en comunidades de aldea y, finalmente, el paulatino sometimiento de este campesinado al creciente poderío de una aristocracia de nuevo cuño.

El esquematismo de estos enunciados no debe ocultar, sin embargo, la complejidad de unos hechos que deben ser contemplados desde la perspectiva de una constante transformación que comporta desfases cronológicos y soluciones diversas y originales en cada una de las áreas de la Europa occidental.

La liquidación del esclavismo debe entenderse como la consumación de un proceso de desarticulación del sistema; lo que no implica la total desaparición de los esclavos. Estos siguen siendo numerosos, particularmente en las áreas mediterráneas y en el ámbito de los trabajos domésticos. Pero el papel de éstos como fuerza productiva básica vinculada al latifundio se ha desvirtuado por completo.

Este sistema, sobre el que se había sustentado la fuerza expansiva y organizativa del Imperio Romano, ya había manifestado los primeros síntomas de debilitamiento desde el siglo III de nuestra era. La relativa dulcificación de la condición de los esclavos, la difusión de las dependencias campesinas a través de las instituciones del colonato y del patronato, así como la aparición de fuertes solidaridades entre esclavos y sectores importantes de nuevos marginados procedentes de la población libre, particularmente visibles en los movimientos bagaudas, son claros sín-

tomas del desmantelamiento del sistema socio-económico que arrastraba y, a su vez, se aceleraba con el desmoronamiento de la estructura política del *dominatus* bajoimperial.

La significación de estas tendencias, incluso su continuidad, se ve profundamente modificada por la aparición de nuevos contingentes poblacionales como consecuencia del avance y asentamiento de pueblos con estructuras económicas y sociales distintas de las vigentes en los territorios sobre los que se realiza la ocupación.

Estos pueblos se hallan a su vez inmersos en un proceso de transformación acelerada y que es perceptible en una serie de manifestaciones íntimamente relacionadas entre sí. La estructura básica tribal fundamentada en el parentesco está en proceso de desarticulación; y la familia extensa va cediendo terreno ante un tipo de organización familiar más restringido y más próximo a la familia nuclear.



Correspondiendo a este avance de la familia nuclear, la propiedad privada de las tierras de cultivo va sustituyendo paulatinamente a la propiedad colectiva, propiciándose, de esta manera, la profundización de graves diferenciaciones económicas en el seno de la comunidad, que condicionarán una fuerte jerarquización social. Tales procesos no son ajenos, de ninguna manera, a la creciente sedentarización de pueblos anteriormente nómadas o seminómadas y a la consiguiente intensificación de la producción agrícola con detrimento relativo de la producción ganadera, que constituía la base prioritaria de la producción social en las sociedades tribales.

Aldeas

El marco económico y social en que estas transformaciones se operan es el de las comunidades de aldea constituidas básicamente por campesinos jurídicamente libres, incluso con una libertad ampliada a medida que van desapareciendo las trabas que la tribu o la familia extensa imponían al individuo. Asimismo, el acceso a la propiedad individual de las tierras de cultivo a medida que avanza el proceso de colonización, convierte a estos campesinos en propietarios individuales de sus tierras —alodios—, con una libertad cada vez más plena de disposición sobre las mismas: libertad para vender, para donar, para cualquier tipo de enajenación.

La solidaridad basada en los vínculos de parentesco, propia de las sociedades tribales, comienza a ser sustituida por fuertes solidaridades basadas en vínculos de vecindad que se anudan en relación con el aprovechamiento de los espacios baldíos de disfrute colectivo, con la organización de las roturaciones y del cultivo en los espacios roturados.

La tendencia a la consolidación de la propiedad privada en el seno de las sociedades germánicas tiene otra vertiente: la de los jefes tribales y de sus séquitos militares que han ido constituyéndose en la etapa de expansión y asentamiento. Debido a la preeminencia que estos personajes ostentan desde antiguo en el seno de la sociedad, debido también a su creciente especialización militar en momentos en que se agudiza la lucha generada por la propia expansión y por la pugna entre facciones o reinos enfrentados, debido a la creciente necesidad que los jefes de estas facciones o reinos tienen de sus servicios armados, debido finalmente a la imposibilidad de remunerar tales servicios en numerario por el enrarecimiento de la moneda y la desarticulación de los mecanismos monetarios, estos séquitos inician un proceso de acumulación de tierras que convierte a sus componentes en miembros cada vez más destacados del conjunto social por su poder económico, militar e in-



Izquierda, moneda acuñada durante el reinado de Pipino el Breve; arriba, Fleurus, ciudad bajomedieval fortificada (miniatura, Biblioteca Nacional, París)

cluso político. Es el embrión de una nueva aristocracia claramente diferenciada de la vieja aristocracia senatorial romana.

Se configuran así dos polos de tensión social; por una parte, la aristocracia, dotada de una dinámica expansiva cada vez más vigorosa; por otra, el campesinado, cuya resistencia a la expansión aristocrática depende tanto de la intensidad de la presión ejercida por aquélla, como del vigor de las solidaridades internas de la comunidad campesina.

La permeabilidad de estas comunidades a la ofensiva de los poderosos depende también, aunque en grado menor, de circunstancias externas a la propia sociedad; de particular importancia en este sentido son las ofensivas que sufre la sociedad occidental de agentes provenientes del exterior: normandos, magiares y musulmanes.

Dentro de este panorama social, los descendientes de los colonos, de los encomendados y de los esclavos del Bajo Imperio van integrándose en esta estructura original o quedando relegados a meros vestigios residuales de un sistema en vías de superación. También la aristocracia senatorial romana irá asimilándose a los nuevos grupos germánicos de poder. Y la línea de continuidad entre la vieja estructura esclavista y las nuevas formas de organización sufre una profunda ruptura que trunca la potencial relación de filiación entre el esclavismo antiguo y el feudalismo que se generará a partir de las nuevas condiciones sociales.

Esquema interpretativo de gran claridad, pero sobre el cual las peculiaridades de cada región, tanto en cuanto a la cronología como en cuanto a las formas más concretas y específicas que adopta el proceso de ruptura en cada una de ellas, van introduciendo variantes importantes.

La historiografía francófona y una parte importante de los historiadores de otros países han contribuido a imponer como forma paradigmática de transición hacia el feudalismo la vía específica que el proceso ha adoptado en la región situada entre Loira y Rin. El estudio de las áreas restantes se ha efectuado frecuentemente mediante el recurso a un análisis comparativo que entraña categorías tales como *centro* —territorios entre Loira y Rin— *y áreas marginales,* o valoraciones tales como mayor o menor perfección en la implantación de las nuevas estructuras.

Feudalismo

Ni qué decir tiene que tales planteamientos no son metodológicamente

admisibles, por cuanto conllevan el desconocimiento de la profunda originalidad y de las especificidades de cada una de las formaciones sociales supuestamente marginales. En realidad, éstas nacen no por influencia o como imitaciones más o menos imperfectas de un supuesto modelo paradigmático, sino por condicionamientos específicos de orden socioeconómico, político, cultural e ideológico a los que corresponden soluciones originales, independientes y autóctonas.

Tal es el caso, por ejemplo, de la Germania carolingia. Aun reconociendo las diversidades que pueden observarse entre zonas como Sajonia y Baviera, podría hablarse —para el conjunto de los territorios orientales del Imperio Carolingio, menos influidos por la civilización romana— de un mantenimiento más vigoroso de las estructuras tribales. A finales del siglo VIII y principios del siglo IX, cuando se produce la integración formal de Sajonia en el Imperio Carolingio, tanto en esta región como en las otras grandes regiones alemanas —Baviera, Suabia, Franconia, Turingia— se mantiene un campesinado alodial dotado de plena libertad y organizado en comunidades fuertemente cohesionadas por lazos de parentesco.

La aristocracia autóctona, constituida por los jefes de clanes federados, no aparece como antagónica del campesinado, ya que la jerarquización derivada de la riqueza y de la jefatura tribal o familiar apenas tiene sanción formal. La organización administrativa carolingia, superpuesta a esta estructura, no conlleva la integración; y los condes impuestos por Carlomagno no ostentan más que un vago e indefinido poder, al margen en muchos casos del poder efectivo social y judicial de los jefes tribales sobre la sociedad. En estas circunstancias, ya sea por la fuerte cohesión de las comunidades campesinas, ya sea por la escasa agresividad de la aristocracia tribal, o por ambos factores, las comunidades libres de aldea van a mantener una supervivencia mucho más prolongada que en otras zonas europeas.

En Italia, la vía hacia la estructuración feudal presenta diferencias que podríamos denominar sustanciales respecto a la zona entre Loira y Rin y respecto a la Germania carolingia. En la base de estas diferencias está la omnipresente influencia del sistema esclavista, reforzada por la dominación bizantina que se implanta tras una larga y sangrienta guerra con los ostrogodos y en lucha contra los lombardos.

Es cierto que aquí la invasión lombarda revistió formas mucho más drásticas que las que había supuesto el avance franco un siglo antes en la Galia: confiscaciones masivas de latifundios; huida de los latifundistas y de las elites culturales y religiosas hacia territorios bajo dominación bizantina, reducción de muchos de sus elementos al estado de colonos, cuando no a la esclavitud; completa anarquía que propicia la atomización de los grupos lombardos y su expansión incontrolada a lo largo de casi toda la península.

Pero este azote devastador, que se prolonga a lo largo de las dos primeras décadas de la invasión, comienza a frenarse en la última década del siglo VI. El restablecimiento de la realeza el año 584 debe relacionarse con una tendencia generalizada, al menos en el Norte de la península, a un asentamiento más organizado. Los lombardos se encuadran en grupos compactos aglutinados en ducados de carácter eminentemente rural y militar, reflejo de la condición libre de sus componentes. Muchos de los italorromanos exiliados en la primera etapa regresan a los territorios bajo dominio lombardo, las ciudades permanecen casi siempre bajo la dirección administrativa de los obispos y se mantienen como núcleos fieles a las tradiciones romano-bizantinas.

En estas circunstancias, la resistencia de las comunidades lombardas a la pérdida de su libertad, fortalecida por una estructura fuertemente militarizada, el mantenimiento de una vida urbana y de las actividades mercantiles, la fidelidad a tradiciones jurídicas legadas del Bajo Imperio, particularmente a la concepción de la propiedad privada y al documento escrito, son factores que imprimen un ritmo y una modalidad a la transición que la diferencian claramente de la vía franca o de la vía germánica.

Península Ibérica

En la Península Ibérica, el Estado visigodo se había estructurado sobre la

base del mantenimiento de la línea evolutiva planteada en el Bajo Imperio: pervivencia del latifundio romano, pero en fase avanzada de desarticulación que se manifestaba en la rápida reducción del número de esclavos y en la difusión de los vínculos de encomendación. La pervivencia de esta tendencia, que no logra ser atajada por la aparente brillantez inicial de la monarquía visigoda, explica la rápida crisis del Estado materializada en lo que se ha denominado *feudalismo visigodo* y en el derrumbamiento fulgurante de su estructura política ante el asalto musulmán.

A partir de mediados del siglo VIII se inicia un lento proceso de colonización en los territorios septentrionales de la Península protagonizado por cántabros y vascones en la mitad occidental, y por pueblos procedentes de los altos valles pirenaicos así como por los *hispani* de la Septimania y del Norte de Cataluña.



Carpintero bajomedieval trabajando en un tejado (detalle de un canon de los *Evangelios de Eblon*, Biblioteca Municipal de Epernay)

Este proceso colonizador, realizado unas veces por iniciativa de los poderes públicos, otras por miembros de la aristocracia laica y eclesiástica o por jefes de grupo descendientes de antiguos jefes clánicos, otras, finalmente, por grupos espontáneos de campesinos, va sembrando los territorios recién colonizados de pequeñas comunidades constituidas por campesinos libres y donde la propiedad privada se va abriendo paso paulatinamente. También aquí, la acumulación de tierras en manos de los jefes que organizan la colonización y que acceden al poder político en la incipiente organización administrativa de los territorios propicia una fuerte jerarquización social y la constitución de grupos aristocráticos con afanes expansivos, en perjuicio de la pequeña y mediana propiedad de los habitantes de las comunidades de aldea y en detrimento de su propia libertad. Procesos bastante semejantes a los que se producen al norte de la Galia, aunque con un notable desfase cronológico.

No cabe duda de que desde la segunda mitad del siglo IX y durante todo el siglo X se asiste en amplios espacios de la Europa occidental a un fuerte debilitamiento del poder de la monarquía. Tal es el caso de la monarquía carolingia y del *regnum italicum,* estrechamente vinculado a la dinastía desde la segunda mitad del siglo VIII. Aunque menos llamativo, mucho menos trascendente a nivel del conjunto europeo y con un importante retraso —los primeros síntomas no se observan hasta la década de los cincuenta del siglo X—, el debilitamiento afecta también a la monarquía leonesa.

Pero ello no es sinónimo de debilitamiento del poder público. Primero, porque en esta misma época se consolidan monarquías vigorosas, como la de los Otónidas en Alemania y la de los Jiménez en Navarra. Segundo, porque el poder público de las monarquías decadentes va a ser recogido por los jefes de los grandes principados que se configuran en esta misma época; los condes de Flandes, Borgoña, Tolosa o Barcelona serán depositarios durante todo el siglo X y hasta las primeras décadas del siglo XI de una *potestas pública* que ejercen a través de delegados, auténticos funcionarios, remunerados mediante la concesión de tierras fiscales —el *fevum* catalán— adscritas no tanto a la persona cuanto a la función administrativa que desempeñan.

Es cierto que el fortalecimiento del poder en manos de los príncipes territoriales conlleva el debilitamiento de la autoridad monárquica. Es cierto que este fortalecimiento presupone el afianzamiento de la hereditariedad de los cargos públicos y la consumación de una política de anexiones frecuentemente militares, realizada por determinados miembros de la aristocracia condal al margen de la monarquía. Pero ello sólo afecta a un ficticio cen-

tralismo intentado por la dinastía carolingia y no al carácter público de la *potestas,* ejercida a partir de ahora por los poderosos príncipes territoriales. En realidad, como se ha puesto recientemente de relieve, esta fragmentación del poder monárquico no debe atribuirse a una deficiencia, sino al propio dinamismo del poder en el siglo X que se ajusta a las estructuras básicas de una sociedad fragmentada con las que un poder centralizado resulta incompatible.

La contradicción que implica la estructura política centralizada y las estructuras económico-sociales y de poblamiento ya había comenzado a manifestarse durante el reinado del propio Carlomagno a través de una inicial institucionalización de los vínculos feudovasalláticos. Con ellos el emperador trató de reforzar las vinculaciones de carácter público, que comenzaban a resentirse de inoperancia, para mejor controlar un Imperio excesivamente dilatado y escasamente cohesionado territorialmente.

Al establecer una relación dual —pública y personal— entre el monarca y los condes —funcionarios y *vassi* del emperador al mismo tiempo—, Carlomagno introduce un principio de coherencia político-social que, al desarrollarse mediante la extensión de las relaciones feudo-vasalláticas a todo el grupo aristocrático, tendrá un efecto de reajuste de la soberanía a los marcos naturales de cada uno de los territorios integrados en el Imperio. El posterior desarrollo de los vínculos personales, unido a una verdadera atomización de la soberanía, y el anquilosamiento de las vinculaciones de carácter público muestran hasta qué punto era ficticia la unidad imperial y cómo la dinámica de la sociedad condiciona las soluciones políticas más coherentes.

En la base de estos principados territoriales y de lo que en el siglo XI va a constituir el complejo mapa de castellanías y pequeños señoríos, se halla un campesinado sujeto a transformaciones sociales que ya auguran la sistematización de las relaciones sociales de producción específicamente feudales.

La libertad originaria de los habitantes de las comunidades aldeanas constituidas en el primer asentamiento y colonización comienza a desdibujarse paulatinamente. La polarización inicial entre libres y no libres o esclavos comienza a difuminarse en un glacis amorfo en el que ambas situaciones se van identificando. El hecho más destacado es la difusión de las dependencias campesinas que inicialmente respetan la condición jurídica de libertad del campesinado, pero que sitúan a éste en una rampa de degradación hacia la servidumbre feudal.

Relegado el esclavo al grado de vestigio residual en la organización productiva de la época, es posible, no obstante, distinguir aún al libre del semilibre. Y no por el grado de dependencia, puesto que los libres, sobre todo los libres más pobres, pueden verse sujetos a limitaciones tan severas como los semilibres; sino por su derecho y su obligación originaria de participar en las asambleas populares, tomando parte en las deliberaciones, y por su derecho y obligación de acudir al servicio militar. Ambos derechos se ven fuertemente restringidos ya en la época de Carlomagno; quizá antes.

Las asambleas populares en la época carolingia suelen tener lugar con ocasión de las concentraciones del ejército en vísperas del inicio de las campañas militares de primavera. A ellas asisten únicamente los miembros de la aristocracia laica y eclesiástica. El resto del ejército, es decir todos aquellos que no tienen medios económicos para acudir con el armamento pesado propio de la aristocracia militar y terrateniente, quedan excluidos.

Pero incluso el derecho a combatir se ve restringido. Una serie de Capitulares carolingias exime de las obligaciones militares directas a todos aquellos cuya propiedad no alcance los tres mansos. Semejantes disposiciones, al mismo tiempo que revelan la existencia de drásticas diferencias económicas en el seno de la sociedad y del propio campesinado libre, están ilustrando implícitamente un proceso de diferenciación jurídica que se manifiesta en la exclusión de una obligación, pero también de un derecho, inherente a la condición de plena libertad.

En definitiva, se puede afirmar que en la época carolingia ya se insinúa una oleada de sometimiento que, partiendo de los sectores más empobrecidos, va a ir inundando al mundo campesino hasta quebrar el conjunto social en dos bloques claramente diferencia-

dos: por una parte, una aristocracia que ha acumulado grandes extensiones de tierra, que puede costearse el armamento pesado y que, al especializarse en la guerra, se aleja paulatinamente de la producción directa; por otra, una masa de campesinos cuyas propiedades han sido absorbidas por la aristocracia o se hallan en inminente peligro, que han ido perdiendo la libertad jurídica, pero que siguen controlando la producción directa de bienes en las tierras de la aristocracia.

No obstante el esquematismo con que se presenta el proceso, éste no debe encubrir la complejidad real del mismo, particularmente en un período de transición y de inicial configuración de la sociedad feudal; complejidad que posibilita la existencia de una gama casi indefinida de situaciones que van de la plena libertad, de la que siguen y seguirán disfrutando ciertos elementos campesinos, hasta la plena servidumbre en la que comienzan a caer importantes contingentes de los antiguos habitantes de las comunidades aldeanas.



Campesinos bajomedievales (miniatura del *Beato de Valcavado*, siglo IX, Biblioteca de la Universidad de Valladolid)

Organización productiva

Paralelamente y en íntima interdependencia con las transformaciones sociales aquí apuntadas, asistimos a un proceso de reestructuración de la organización productiva.

Esta nueva estructura puede resumirse en dos hechos que ilustran una ruptura respecto de la organización productiva esclavista; ruptura económica que, por sus características y dimensiones, hay que relacionar con la ruptura social a la que antes me he referido. En primer lugar, un poderoso fortalecimiento de la pequeña propiedad campesina en las comunidades aldeanas y que viene a quebrar el largo proceso de expropiación campesina que el latifundio romano venía operando desde la consolidación del esclavismo. En segundo lugar, la configuración de un nuevo tipo de gran propiedad que emerge a tenor de las luchas intestinas y de los procesos de colonización que se vienen realizando en este período.

Lo más característico y lo que da originalidad a las grandes propiedades en vías de configuración es la desaparición, como sistema generalizado y básico, de la mano de obra esclava y su sustitución por mano de obra de campesinos que, aunque no sean propietarios de la tierra, ejercen un control directo sobre la producción y se benefician en mayor o menor grado de una parte de los excedentes obtenidos en las explotaciones a ellos encomendadas por los grandes propietarios. Ello supone el hundimiento total del latifundio esclavista como marco productivo básico y la aparición de grandes propiedades donde lentamente se va ampliando el espacio cultivado a expensas de los baldíos y a base de fuerza de trabajo de campesinos dependientes.

La producción en el ámbito de las comunidades de aldea se realiza sobre

tres tipos de paisaje nítidamente diferenciados, donde los derechos de propiedad se ejercen con desigual intensidad. En primer lugar, los espacios cercados en las proximidades de la casa campesina. Constituye el elemento más importante de radicación del campesino a la aldea, ya que en él se practican cultivos permanentes y los derechos de propiedad se ejercen de una manera absoluta. Símbolo de estos derechos es la propia cerca, alzada no tanto como defensa de los cultivos frente al ganado cuanto como símbolo material de este derecho de apropiación exclusiva.

Más alejados de la casa están los campos de cultivo, campos abiertos o con cercas estacionales, dedicados al cultivo de los cereales, viñedo, lino, etcétera; campos de apropiación familiar, pero con un derecho limitado por cuanto, recogidos los primeros frutos, pasan a ser objeto de disfrute comunitario, como es el caso de los rastrojos cerealísticos, aprovechados por los rebaños de la comunidad hasta las primeras labores preparatorias de la sementera. En una aureola exterior, rodeando prácticamente los campos de cultivo y limitando los espacios de las distintas comunidades aldeanas, se extienden los bosques y baldíos, sobre los que no existen derechos de apropiación individual, sino que quedan como zonas de disfrute comunitario.

Intercalándose en estas estructuras, hacen sentir su peso económico y social las grandes propiedades aristocráticas, en proceso de organización y de expansión a expensas, en muchas ocasiones, de las pequeñas parcelas campesinas. Dada la diversidad que adopta su organización en las distintas áreas geográficas de la Europa occidental, es inútil pretender dar una visión de conjunto uniforme. No obstante, hay una serie de elementos que condicionan en todas partes una estructuración original en relación con el modelo esclavista.

Ante todo, la necesidad de mano de obra para la puesta en cultivo de extensos territorios incultos; necesidad de mano de obra agravada por la reducción de los efectivos demográficos, que ha venido produciéndose en el Occidente desde el siglo III hasta los albores del período carolingio. A esta reducción hay que sumar los efectos derivados de la paulatina disminución del número de esclavos, base fundamental de la producción todavía en las grandes propiedades de la época inmediatamente anterior, y la dificultad que la aristocracia encontraba para reclutar fuerza de trabajo en las recién constituidas comunidades campesinas de hombres libres.

Pero a largo plazo, periclitada la organización esclavista, las exigencias productivas de la gran propiedad van a condicionar el destino de muchos de estos campesinos, que, aun sin perder su condición jurídica de libertad, serán absorbidos en las grandes propiedades, quedando en situación de dependencia más o menos constrictiva.

También en este aspecto, un modelo extraído del funcionamiento de algunos grandes dominios situados entre el Loira y el Rin ha tratado de presentarse abusivamente como el paradigma organizativo de las grandes propiedades del Occidente durante los siglos VIII y IX. De esta forma las originalidades de cada una de las regiones restantes quedan enmascaradas como distorsiones, más o menos profundas, del paradlgma.

Este modelo vendría definido por la dicotomía en el seno de la gran propiedad entre la reserva, donde se encuentran los campos bajo control directo del gran propietario o de algún intendente suyo, y los *mansos,* pequeñas explotaciones donde se asienta a una o varias familias campesinas. Dicotomía, pero también articulación orgánica, por cuanto los *mansos* sólo pueden existir en función de la *reserva* de la que han sido desmembrados, y la *reserva* sólo puede existir como unidad productiva por la existencia de los mansos que es de donde se extrae gran parte de la fuerza de trabajo requerida para el cultivo de aquélla; para ello el gran propietario debe estar en condiciones de exigir a los campesinos de los mansos un número mayor o menor de servicios en trabajo.

La radicación de los campesinos en la gran propiedad mediante su asentamiento en los *mansos,* en los que el campesino accede al control de la producción, es la solución original para suplir la deficiencia de esclavos y para asegurarse la fuerza de trabajo permanente y estable requerida para mantener y ampliar la producción.

En la Alemania carolingia, aun existiendo grandes propiedades, éstas pre-

sentan una mayor dispersión, lo que impide una verdadera articulación entre *mansos* y *reserva.* Esta se halla cultivada en gran parte por esclavos. No está ni mucho menos claro que aquéllos sean más numerosos que en las zonas más occidentales del Imperio. Este hecho se explica en gran parte por la fuerza de las comunidades campesinas, donde los vínculos de parentesco tienen un enorme vigor y donde el poder de la aristocracia carolingia se mantiene muy matizado. Los jefes tribales, por su parte, se mantienen fieles a las tradiciones comunitarias, lo que confiere una enorme lentitud a la aristocratización de estas jefaturas.

Tampoco en Italia es posible reconocer la presencia de una organización similar a la de los territorios entre el Loira y el Rin. Aquí las *mesnadas* de esclavos, dedicadas al cultivo de la *reserva,* heredadas de la fuerte tradición esclavista, tienen una importancia incomparablemente mayor que en el resto de las regiones europeas. Existen parcelas desmembradas de la *reserva,* pero cultivadas por campesinos *libellarii,* es decir, que cultivan los campos de un gran propietario sobre la base de contratos escritos de arrendamiento o aparcería y que, por consiguiente, no mantienen una relación de sometimiento personal respecto del gran propietario o, en caso de que exista, ésta se mantiene en unos límites mucho más mitigados.

Por lo que a la Península Ibérica se refiere, no se detecta a través de la documentación en una primera etapa nada que se asemeje a la articulación entre supuestos *mansos* y *reserva.* Los sistemas empleados para la puesta en cultivo de las grandes propiedades no aparecen con una cierta articulación hasta principios del siglo XI para la zona leonesa —Leyes Leonesas de 1020—, y las primeras menciones de *sernas* como prestaciones de trabajos realizadas por campesinos dependientes no afloran a la documentación antes de las últimas décadas del siglo X.

La ausencia de estos servicios en trabajo se puede explicar por la dedicación más intensa de la aristocracia a la producción ganadera y por la existencia de contratos de diversa índole, de los que da noticias más o menos explícitas la documentación coetánea. Hay que destacar también, de forma similar a lo que sucede en Alemania, la fuerte solidaridad de las comunidades aldeanas, que *ralentiza* el proceso de sometimiento del campesinado por la aristocracia terrateniente.

Así pues, a lo largo de este período que se extiende de principios del siglo VIII hasta finales del siglo X, asistimos a una profunda transformación de las estructuras económicas y sociales que, dependiendo de condicionamientos múltiples y diversificados, conduce a soluciones originales para cada una de las regiones de la Europa occidental y a vías específicas de transición hacia la nueva formación social del feudalismo.

Bibliografía

A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica,* Barcelona, Crítica, 1978. J Boussard, *El siglo de Carlomagno,* Madrid, Guadarrama, 1968. W. Braunfels, *Carlomagno,* Barcelona, Salvat, 1985. J. Delpierre de Bayac, *Carlomagno,* Barcelona, Aymá, 1977. J. Dhondt, *Etude sur la naissance des principautés territoriales en France* (IX-X siècles), Brujas, De Tempel, 1948. Fr. Durand, *Les Vikings,* París, PUF, 1970. Fr. L. Ganshof, *El feudalismo,* Barcelona, Ariel, 1963. Ibídem, *The Carolingies and Frankish Monarchy. Studies in Carolingian History,* Cornell Univ. Press, 1971. L. Halphen, *Carlomagno y el Imperio carolingio,* México, UTHEA, 1955. J. Hubert, J. Porcher y W. F. Volbach, *El Imperio carolingio,* Madrid, Aguilar, 1968. C. Heitz, *L'architecture religieuse carolingienne: les formes et leurs fonctions,* París, 1980. J. C. Kenneth, *Carolingian and Romanesque Architecture 800 to 1250,* Londres, Penguin, 1963. P. Lasko, *Ars Sacra, 800-1200,* Londres, Penguin, 1972. L. Musset, *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana,* Barcelona, Labor, 1968. E. Perroy, *Le monde carolingien,* París, SEDES, 1974. H. Pirenne, *Mahoma y Carlomagno,* Madrid, Alianza, 1981. P. Richeé, *Les Coles et l'enseignemente dans l'Occidente chrétien de la fin du V siècle au milieu du XI siècle,* París, Aubier-Montaigne, 1979. G. Tessier, *Charlemagne,* París, Albin Michel, 1967. VV.AA., *La Europa carolingia,* Barcelona, Noguer, 1975. Ph. Wolff, *L'eveil intelectuel de l'Europe: Le temps d'Alcuin,* París, Seuil, 1971.

LOS ACCIDENTES DE CIRCULACION SON LA PRIMERA CAUSA DE MUERTE ENTRE LOS JOVENES DE 18 A 24 AÑOS.

MAS DE 14.000 JOVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS MUEREN CADA AÑO EN LA UNION EUROPEA; aunque sólo representan el 15% de la población, uno de cada 4 fallecidos en la UE no sobrepasa los 24 años.

Entre las causas predomina el factor humano como productor de la mayoría de los accidentes, destacando **el consumo de alcohol** como desencadenante de los accidentes mortales.

Los jóvenes tienen en toda Europa comportamientos parecidos a la hora de divertirse. Noche, música y alcohol con desplazamientos en coche.

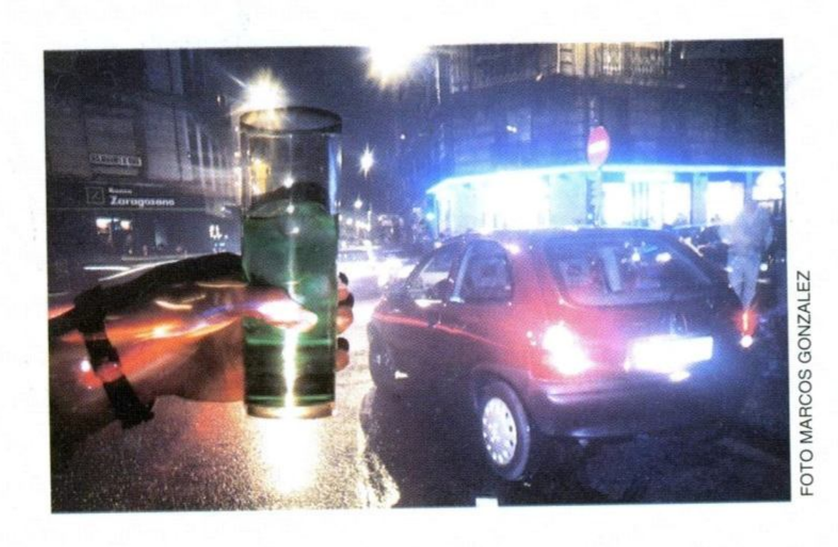


FOTO MARCOS GONZALEZ

Por contra, la mayoría de los jóvenes muestra un grado aceptable de concienciación equiparable, y a veces superior, a los adultos. Lo cual hace que su responsabilidad sea cada vez mayor sobre las consecuencias del alcohol. Ello ha sido origen del descenso de muertes en accidente de circulación de jóvenes en el período que va de 1991 a 1994, pasando de un 26 a un 20%.



